



ULISES GRANT

Décimooctavo Presidente de los Estados Unidos

Ulises Grant nació en Galena, cerca de Georgetown (Ohio), en 27 de abril de 1822. Desde muy joven, después de recibida su primera educación, su familia le hizo asistir á la Academia Militar de West Point, donde, como ya sabemos, habían cursado otros muchos jóvenes que más tarde debían ser militares de nota. El joven Grant ingresó muy pronto en el ejército con el grado de teniente del 4.º regimiento de artillería, y poco después comenzó á prestar sus servicios en la guerra contra México, en la cual recibió el bautismo de fuego, tomando parte en todas las acciones que se libraron durante la campaña, es decir, desde 1846 á 1847. Grant continuó en el servicio activo hasta 1854, en cuyo año solicitó el retiro, pues habiéndose casado algunos años antes, quería probar fortuna como cultivador y agente para la venta de terrenos, con la esperanza de mejorar de posición; pero ni en una cosa ni en otra consiguió su objeto. Cuando estalló la guerra civil, en 1861, residía con su padre en Galena (Illinois), y apresuróse á ofrecer sus servicios como coronel de voluntarios. Su regimiento fué en-

viado al Missouri, y muy pronto se reconocieron las disposiciones militares de Grant. En el mes de agosto del mismo año nombrósele teniente general, y habiendo pasado al Mississippi, se le confiaron considerables fuerzas para manobrar en Kentucky y el Tennessee. A principios del año siguiente contribuyó mucho á la toma de los fuertes Enrique y Donelson, obteniendo sus primeras victorias en pro del Gobierno unionista, que para recompensar sus servicios le ascendió al grado de general, confiándole una importante expedición en las inmediaciones del Tennessee superior. Entonces, habiendo alcanzado nuevas victorias, y recibido nuevos refuerzos, sometió el Estado de Tennessee; y al año siguiente, es decir en 1863, puso sitio á Vicksburgo, uno de los más poderosos baluartes de los confederados cerca del Mississippi inferior. El general Grant se apoderó de esta plaza en 4 de julio, no sin perder ocho mil quinientos hombres entre muertos y heridos; mas su victoria produjo gran regocijo en el Norte, que había experimentado ántes grandes derrotas en Virginia y en Pensilvania.

No tardó Grant en llegar á ser el jefe más popular de los unionistas, y tanto es así, que se puso bajo sus órdenes á los generales Sherman, Burnside y Hooker. Con ayuda de las nuevas tropas que se le enviaron obligó á sus enemigos á retirarse hácia la parte Este del Tennessee, y rechazó sus ataques en Chattanooga, cerca de las montañas Alegánias.

El Congreso de la Union, apreciando sus servicios en lo que valían, votó una medalla de oro para el general Grant, y en marzo de 1864 nombróle general en jefe de los ejércitos federales, que contaban ya con una fuerza de 700,000 hombres.

Grant trazó el plan de dos memorables campañas, la de Sherman, que debía operar contra las fuerzas de Johnston, en Georgia; y la que debía hacer frente al general Lee al Sur del Potomac, avanzando después sobre Richmond, en Virginia. En esta última campaña, durante el verano de 1864, los generales Meade y Burnside ejercían un mando subalterno. El ejército federal que entonces penetró en Virginia constaba de cerca de 150,000 hombres, y sólo se pudo mantener por los grandes recursos con que contaban los Estados del Norte y occidentales. El general Grant era hombre que no vacilaba en sacrificar soldados, con tal de conseguir el objeto que se deseaba; mientras que el ejército del Sur estaba obligado á economizar vidas, porque sus fuerzas comenzaban á disminuir mucho. Las batallas que se riñeron durante aquel verano fueron tan repetidas como sangrientas: en el punto llamado «El Desierto,» Grant perdió nada ménos que 41,000 hombres en tres semanas; junto al Rappahannock, en Spotsylvania, Pamunkey y Chickhaming, la matanza fué espantosa. Grant se vió rechazado á menudo; pero al fin consiguió avanzar lentamente hasta que puso sitio á Petersburgo, ciudad muy bien fortificada, que se halla á unas veinte millas al Sur de Richmond, y defendida por el general Lee, con tanto denuedo como perseverancia. Los críticos militares opinan, sin embargo, que este último general era un jefe más entendido que Grant.

Durante el otoño y el invierno, la lucha se prolongó sin ningun resultado decisivo; pero en abril de 1865, habiendo intentado Lee un movimiento para reunirse con el ejército de Johnston, fué derrotado por fuerzas muy superiores, siendo la consecuencia de esto el abandono de Petersburgo y de Richmond, y por último la rendición del general en jefe confe-

derado, lo cual puso término á la gigantesca lucha que el mundo contemplaba con asombro.

En 1868, los diversos partidos del país se prepararon para las elecciones presidenciales, sabiéndose ya que Johnson no sería reelegido. Los republicanos organizaron su convención en Chicago el 20 de mayo, y después de combatir la política de Johnson, con la cual no estaba conforme la mayoría del país, procedióse á elegir candidato para la Presidencia. El mayor número de votos recayó en favor del general Grant, que entonces desempeñaba el cargo de Secretario de la Guerra; mientras que los demócratas propusieron á Horacio Seymour. El espíritu de partido era entonces muy violento, y durante las elecciones no se ocultaron unos á otros su rencor y animosidad. El general Grant, hombre algo reservado y taciturno, habló muy poco ó nada durante la lucha electoral; pero su silencio, contrariamente á lo que se hubiera podido esperar, lejos de perjudicarlo, contribuyó á su triunfo, pues obtuvo gran mayoría de votos.

Seguramente necesitábase tener á la cabeza del Gobierno un hombre que pudiera obrar más en armonía con los deseos del Congreso y de la mayoría del pueblo, pues la situación de los Estados del Sur en los últimos meses de la administración de Johnson había comenzado á ser muy grave y hasta alarmante, y Grant parecía la persona más á propósito para corregir los abusos y hacer frente al estado de cosas que se había producido.

El 4 de marzo de 1869, el general Grant tomó posesión del cargo de Presidente de los Estados Unidos, previas las ceremonias de costumbre, y entregó su mensaje inaugural en forma de proclama. Este documento no tenía nada muy notable: referíase particularmente á la deuda del Gobierno, diciendo que era de todo punto necesario pagar hasta el último duro en oro; y después de tratar otros diversos asuntos de la administración, y de las cuestiones generales del país, decía: «Tengo que recomendar una política especial, pero en ningun sentido contra la voluntad de pueblo.» Los principios sentados por el nuevo Presidente no se expresaban con mucha claridad; pero sabíase que le habían elegido los republicanos, y que seguramente no atacaría las tendencias de la mayoría del Congreso. La Presidencia estaba en manos firmes; y la conducta del general Grant en su elevado cargo, aunque hallase mucha oposición en ciertas localidades, satisfizo de tal modo á la

mayoría del pueblo americano, que terminada la primera administracion de este Presidente, y al procederse á las elecciones en noviembre de 1872, fué reelegido, triunfando de su contrincante Mr. Horacio Greeley, quien sólo obtuvo un corto número de votos. Este candidato murió pocas semanas despues.

Uno de los principales incidentes de la segunda administracion del general Grant fué el arreglo de las diferencias suscitadas entre Inglaterra y los Estados Unidos á causa de las pérdidas que habia sufrido el comercio americano por efecto de las patentes de corso que la Confederacion otorgó durante la guerra. Esta cuestion estuvo á punto de producir un rompimiento entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos. Las negociaciones diplomáticas entabladas para arreglar el asunto no conducian al resultado apetecido, y en su consecuencia acabóse por nombrar un tribunal árbitro, compuesto del conde Sclopis, por Italia; Jacobo Staempfli, por Suiza; el vizconde de Itajuba, por el Brasil; Carlos Francisco Adams, por los Estados Unidos, y Sir Alejandro Cockburn, por Inglaterra. Estos señores se reunieron en Ginebra el 15 de junio de 1872, y poco despues declararon que las reclamaciones indirectas no eran válidas, en virtud de lo cual el presidente Grant las retiró. El 14 de setiembre, dicho tribunal celebró su última sesion, conviniendo en que se debian satisfacer los daños y perjuicios ocasionados por el *Alabama*, por el *Florida* y por el *Shenandoah*. La cantidad reclamada ascendia á 9,476,166 libras esterlinas, y se pagaron 3,229,166. Este juicio no satisfizo del todo al Gobierno de los Estados Unidos; y en Inglaterra produjo descontento el tener que abonar tan considerable suma; pero tanto en un país como en otro se reflexionó bien pronto que era preferible este desenlace, porque se alejaba el peligro de una desastrosa guerra. El general Grant manifestó en su mensaje anual que el resultado obtenido por el arbitraje no entibiaria en lo más mínimo las amistosas relaciones con la Gran Bretaña.

Poco despues de arreglado este asunto, prodújose una nueva causa de perturbacion. Los criollos de Cuba se habian insurreccionado contra las autoridades españolas en el otoño de 1868, y al año siguiente los rebeldes hicieron grandes esfuerzos para que los Estados Unidos reconociesen la independenciam de la isla. Una gran parte del pueblo americano manifestaba la mayor simpatía con los descontentos; pero debia

temerse que esto fuera sólo efecto de miras interesadas, nacidas de la esperanza que de la independenciam de Cuba resultaria muy pronto su anexion á los Estados Unidos. Hicieronse entonces varias instancias al gobierno para que adoptara esta línea de política; pero el general Grant y sus consejeros resolvieron juiciosamente no intervenir sino para ofrecer sus buenos oficios á España, proponiendo la cesion de la isla. España, sin embargo, aunque atravesaba entonces un período de revolucion, no quiso ceder de su derecho, habiéndose declarado en las Cortes, durante los disturbios de 1854, que la venta de Cuba seria la venta del mismo honor español, opinion que predominaba con igual fuerza en 1869.

Algunos aventureros habian renovado sus piráticas expediciones, y el filibusterismo contó otra vez con numerosos prosélitos; pero Grant y su gobierno obraron con la mayor firmeza, haciendo fracasar varias intenciones ilegales contra Cuba. Los Estados Unidos habian resuelto no reconocer á los insurrectos como beligerantes, y gracias á esto la excitacion popular se fué calmando poco á poco. Sin embargo, á fines de 1873 prodújose de nuevo con más fuerza que nunca con motivo de haber sido apresado el buque americano *Virginus* por una cañonera española, bajo el pretexto de que aquel conducia armas de Nueva-York á los insurgentes cubanos; y en primeros de noviembre la cuestion empeoró por haberse ejecutado en Cuba á treinta ciudadanos de los Estados Unidos, acusados de tomar parte en la rebelion. El pueblo americano pidió entonces á gritos la guerra contra España; pero despues de una breve correspondencia se devolvió el *Virginus* al gobierno del presidente Grant.

Habiéndose reorganizado la Union por la admision de los Estados antes rebeldes, el Presidente expidió el 30 de marzo de 1870 una proclama declarando que se ratificaba la décima-quinta enmienda á la Constitucion, en virtud de la cual otorgábase el derecho de votar en toda clase de elecciones á los ciudadanos negros de los Estados Unidos. Sin embargo, entonces surgió una nueva dificultad sobre si se comprenderia á los indios y á los chinos, como se habia hecho con los negros, en la categoría de ciudadanos de la Union, con los mismos derechos y privilegios. En cuanto á los chinos, la cuestion podia parecer á primera vista ridícula, pero en realidad era muy importante, pues hacia algunos años que los hijos del Celeste Imperio ha-

bian llegado á ser un elemento importante en California. Cruzando el Pacífico desde su país, habíanse establecido á lo largo de la orilla occidental, donde se dedicaban á diversas ocupaciones útiles. Por su laboriosidad, por su amor al trabajo, su paciencia y su industria, aquellos extraños y grotescos representantes de la raza amarilla rivalizaban con los irlandeses y los alemanes. En 1870, la colonia china en la costa del Pacífico contaba ya 90,000 almas, y su número aumentaba continuamente; desagradaban mucho á causa de sus sucias costumbres y sus viciosas prácticas, así como porque formaban una comunidad independiente, pero no se podia negar que comenzaban á constituir en el país una potencia, la cual seria forzoso reconocer de un modo ú otro. Despues de varios debates el Congreso acordó no considerar á los hombres de las razas roja y amarilla como ciudadanos de la Union, porque, en rigor, eran de nacionalidad separada, concediéndose este privilegio solamente á los negros de América, pues realmente podian reclamarle.

La posicion de las tribus indias en los Estados Unidos preocupaba mucho al gobierno, pues preveíanse graves conflictos. El presidente Grant se interesaba mucho por el bienestar de aquel infortunado pueblo, y deseaba que se le tratase con toda la consideracion posible, aunque la experiencia hubiese demostrado que era una cosa impracticable mejorar su suerte. Por insinuaciones del Presidente, en 1870 se reunió un Consejo compuesto de los delegados de diversas tribus, á los cuales se sometió el proyecto de fundar un gobierno republicano indio; y en 1871 organizóse uno provisional. Algunos años antes la poblacion india constaba de 321,000 almas, y aunque desde 1850 habia disminuido mucho, progresando rápidamente su decadencia, aun era muy numerosa. En su consecuencia, el gobierno de los Estados Unidos acordó señalar ciertas porciones de territorio, á las cuales se dió el nombre de «Reservas,» para que las habitaran los indios exclusivamente, debiéndose proteger á las tribus contra toda invasion siempre que no traspasaran los límites que se les señalasen. A pesar de estas ventajosas condiciones, el carácter inquieto de los indios, por una parte, y la mala fe de algunos blancos, por otra, hicieron temer que el resultado no fuese satisfactorio.

El general Grant, sin embargo, continuó sus benévolos esfuerzos para dulcificar la suerte de aquella raza desheredada, y en su mensaje

de 1873 decia: «La superioridad de nuestra fuerza y las ventajas que obtenemos de la civilizacion nos imponen hasta cierto punto la obligacion de ser indulgentes con los indios. ¿No podrian éstos formar una parte de nuestro pueblo si se les enseñase y tratara convenientemente?»

Por buenas que fuesen las intenciones del Presidente, no debian conducir al objeto apetecido. En 1873, los indios modocs, en número de unos setecientos hombres, fueron trasladados desde el sur del Oregon á otros territorios, en virtud de una orden del gobierno; pero como no les conviniesen sus nuevas posesiones (á decir verdad, les era imposible obtener allí la subsistencia), volvieron al punto que ocupaban ántes, oponiendo resistencia á las autoridades de los Estados Unidos; y en enero de 1874 derrotaron á un cuerpo de tropas enviadas para expulsarlos. Entonces se entablaron negociaciones para un arreglo pacífico, pero mientras seguian su curso, los comisionados cayeron en una emboscada, y unos cuarenta fueron asesinados el 11 de abril, contándose entre ellos el general Cauby, que se habia distinguido mucho en los últimos dias de la guerra civil. Siguiéronse á esto algunos desesperados combates, hasta que habiendo caido prisionero el jefe indio, juzgósele por un consejo de guerra y se le condenó á muerte, con lo cual terminó por el pronto la lucha. Sin embargo, en 1876 rebeláronse los indios sioux; el 25 de junio atacaron á un cuerpo de tropas mandadas por el general Custer, y habiéndose acorralado á estas en un barranco, dieron muerte á casi todos los soldados, al jefe y su familia. Esta guerra se debió á la irritacion producida por la conducta de varios oficiales que trataban con los indios. El general Sheridan se encargó poco despues del mando, y con sus vigorosas medidas restablecióse al fin la paz.

Estos disturbios en la frontera india eran, sin embargo, asunto de poca importancia, comparados con las divisiones intestinas en el Sur, consiguientes al nuevo estado social que siguió á la guerra civil, y que con razon debian preocupar al presidente Grant y su gobierno. En febrero de 1873 hubo lucha en las calles de Nueva Orleans; y en la primavera de 1874, dos gobernadores rivales elegidos en Arkansas provocaron un conflicto con sus partidarios armados; de modo que fué necesaria la intervencion de un cuerpo de tropas para mantener el orden y establecer en su gobierno al candidato que tenia mejor derecho.